

LA MIRADA DE MARIA

María coge el tren de las 21:30 para ir a trabajar. Nada más subir reconoce las caras que comparten trayecto con ella cada noche, muchos vuelven de trabajar y otros como ella, van.

Aunque el vagón esté casi lleno, la sensación de María es de viajar sola. El resto de viajeros son como los personajes de un lienzo costumbrista: el que bosteza, la que estornuda, el que entra, la que sale... Luego suena el pitido estridente que anuncia el cierre de puertas seguido de un rechinar hidráulico y la posterior sacudida del inicio de la marcha. La gente se acomoda en sus asientos, leen la prensa gratuita, se sumergen en sus libros o buscan la compañía al otro lado del teléfono. Nadie quiere saber nada de nadie.

A María le encanta observar. Es su manera de invertir el tiempo durante el transcurso del viaje, mientras el resto de pasajeros se ausentan, ella prefiere prestar atención a la riqueza de circunstancias humanas que le acompañan.

La sobriedad de la escena se rompe con la llamada de atención que lanza una mujer al otro lado del vagón. Tendrá poco más de treinta años, aspecto desaliñado y con un par de bolsas de plástico a modo de improvisado equipaje. No es buena oradora así que va directa al centro de su discurso, está sin trabajo, con una hija pequeña que cuidar y en definitiva, está desesperada. Los sollozos no le permiten continuar, es consciente de lo impropio que resulta tener que pedir pero no le queda otra alternativa, se nota que el tener que verbalizar lo penoso de su situación, le afecta cortándole el habla. La mujer da por terminada su exposición y comienza a recorrer el vagón solicitando algún donativo.

Para el resto de pasajeros, aquella mujer es un elemento más del viaje en cercanías, para María una escena estremecedora. Busca en su monedero y le da unas monedas. La mujer le dice “gracias” con un hilo de voz y continúa: “que nunca tengas que verte como yo”. María se derrumba, aquella mujer le ha hecho conectar con su historia personal. La angustia le invade y haciendo un gran esfuerzo consigue sobreponerse y secarse disimuladamente las lágrimas con la manga de su abrigo. El hombre del asiento anexo se ha dado cuenta

LA MIRADA DE MARIA

que algo le ocurre a María, le mira por unos instantes pero acto seguido vuelve a dar cuenta de la sección de deportes de su periódico. Maria respira hondo y se sumerge en sus pensamientos, ausentándose del resto de pasajeros y convirtiéndose en una figura inexpresiva más del lienzo cotidiano del tren de las 21:30.

María después de terminar la universidad, estuvo trabajando durante años con contratos a media jornada y temporales, por debajo de su cualificación, con la esperanza de adquirir experiencia. Fue una época de desengaños y de conformarse con lo que encontraba. Finalmente parece que Madrid le brindó la oportunidad que esperaba durante toda su vida.

Ella dejó la vida de su pequeña ciudad donde había nacido, crecido y experimentado para apostar por esta oportunidad profesional, dejando atrás su familia, amigos y a su pareja. No fue sencillo y tampoco se lo pusieron fácil después de mucho sopesarlo y haber tenido continuos sentimientos incongruentes entre razón y corazón, decidió que debería merecer la pena.

Los comienzos fueron muy difíciles para ella. Le costó adaptarse a una nueva ciudad tan grande y tan diferente a lo que ella estaba acostumbrada. También lo fue el convivir con el sentimiento de soledad, añoraba a sus seres queridos pero trataba de consolarse pensando que todos los comienzos son complicados y que debía ser responsable con la decisión tomada.

Durante su estancia en Madrid, trabajó durante un año como socióloga, en una prestigiosa empresa en el área de investigación de mercado, le iba realmente bien porque ponía en práctica todo lo aprendido y durante ese año todas las aportaciones que obtuvo de esta experiencia fueron positivas.

Cuando todo parecía funcionar le comunicaron algo que se le había olvidado que podría ocurrir o al menos tan rápido. Desde la empresa le notificaron que la subvención económica que habían recibido, no era suficiente para mantener su puesto de trabajo, que los recortes económicos sufridos en el departamento de investigación, sólo les daba opción a mantener una persona, y que

LA MIRADA DE MARIA

sintiéndolo mucho habían elegido a su compañero. También añadieron que sus aportes a la investigación habían sido muy buenos, que valoraban mucho su trabajo y esfuerzo demostrado.

Esta noticia le cayó como un jarro de agua fría. No daba crédito a lo que estaba viviendo. La explicación de la empresa no le convencía en absoluto; ¿en qué se habían basado para elegir a su compañero en vez de a ella si su trabajo era bueno? Además, su compañero había entrado varios meses después que ella en la empresa. Le pareció injusto, pero en ese momento, no supo reaccionar y aceptó la decisión. A la impotencia de la pérdida del empleo, se le sumaron los problemas económicos; debía seguir pagando alquiler del piso, los gastos de manutención, de transporte...etc. De la noche a la mañana su vida había cambiado y sentía que perdía el control sobre la misma. Volvió a estar como al principio pero esta vez no había sido decisión suya, habían elegido por ella. Estaba hundida.

En un primer momento pensó en pedir ayuda a su familia pero ellos también tenían sus propios problemas y no quería cargarles con los suyos. Su padre se había jubilado, su madre trabaja en casa y entre los dos no daban a basto para cuidar del hermano que sufría una grave enfermedad psíquica. María estaba sola.

No obstante no quería aceptar esto como un fracaso, quería que su familia estuviese orgullosa de ella, al menos darles la alegría de que su hija menor podría bastarse por sí misma, quería sentirse finalmente autónoma a sus 30 años, sin tener que pedir ayuda económica a sus padres o tener que volver a casa.

Buscó trabajo sin cesar, al principio de lo suyo y después de lo que fuera, Incluso tuvo que recortar su currículum para acceder a trabajos donde el perfil requerido es de gente joven y sin experiencia, pero ni así conseguía un contrato. La crisis económica había desolado el panorama laboral desde el 2007. Se le agotaban los ahorros y ya no podría hacer frente al mes siguiente. Empezó a hacer las maletas.

LA MIRADA DE MARIA

Pero un día, su tenacidad e insistencia hizo que viera un papel en la puerta del metro con un teléfono y una nota: urge chica trabajadora. El anuncio no decía nada más y tampoco pretendía ser persuasivo sino más bien todo lo contrario pero la desesperación de María hizo que llamara sin pensárselo dos veces, no sabía con que ni con quién se iba a topar, pero aceptaría cualquier cosa.

Respondió una mujer de voz muy amable. La mujer le explicó que el trabajo consistía en cuidar por las noches a su madre anciana en situación de dependencia. Curiosamente una de las primeras experiencias laborales de María había sido en el cuidado de personas mayores por lo que tenía experiencia en el tema. La mujer le convocó para una entrevista y finalmente consiguió el trabajo que aunque de poca remuneración le daba justamente para pagar una habitación alquilada y para su manutención.

María se siente positiva, pese al retroceso en su situación, pese a volver a un trabajo de escasa cualificación y tener que empezar otra vez, sentía que no lo hacía desde cero. De alguna manera había conseguido solucionar su primer problema y a partir de ahora sería cuestión de seguir luchando para mejorar. Ya no estaba a la deriva en un océano furioso sino que remaba sobre una barca y con gran esfuerzo podría dirigirla hacia algún destino.

De repente, el hombre de al lado cierra su periódico y se levanta. María vuelve en sí, al igual que otros muchos pasajeros se había quedado transpuesta sumergida en sus pensamientos. Se acicala un poco y se apea del tren.

Camino a la salida, se le acerca una mujer educadamente. Es la mujer que pedía en el vagón. Tiene un pequeño papel en la mano, es un número de teléfono, le pide por favor que si puede dejarle el móvil para hacer una llamada, el teléfono es de un anuncio para trabajar como señora de la limpieza en un locutorio. La mujer se ofrece a devolver las monedas que le dio María a cambio de que le deje hacer la llamada. María rechaza las monedas y le presta el móvil. Mientras la mujer teclea el número, María le toma del brazo y le dice: "Sabes una cosa, tú y yo no somos tan diferentes". La mujer sonríe: "Claro, somos mujeres".